

Post scriptum

«Era una hermosa mañana de finales de noviembre». Así empieza *Laberintia* y también *El nombre de la rosa*. Evidentemente, esta coincidencia no es fruto de la casualidad, sino que muestra la conexión con la obra de Umberto Eco.

Raul Mordenti había escrito: «Ahora solo el pequeño Snoopy y pocos más pueden obstinarse en escribir aún novelas que empiecen: “Era una noche oscura y tempestuosa”». Eco, en las *Apostillas* a su novela, alude a esta cita diciendo: «¿Cómo decir “Era una hermosa mañana de finales de noviembre” sin sentirse Snoopy?». Se trata, pues, de uno de tantos guiños literarios de los que el autor hace gala en su célebre obra.

Laberintia debe mucho a *El nombre de la rosa*: el contexto histórico, el monasterio medieval, el inquisidor, su joven ayudante, las citas en latín, el libro perdido, la habitación secreta de la biblioteca, el laberinto, el incendio final... Pero, sobre todo, lo que me ha interesado de la obra de Eco son sus tres niveles de lectura: una novela de intriga, una novela de ambientación histórica y una novela de ideas.

En principio, *Laberintia* es una novela de misterio, cuya trama pretende captar la atención del lector a través de un repertorio de enigmas que reclaman su complicidad para resolverlos. Ahora

bien, el hilo argumental no es un fin en sí mismo; nos introduce en un segundo nivel: la novela de ambientación histórica.

No se trata de una novela histórica en sentido estricto, puesto que no relata un acontecimiento real del pasado. Crea un pequeño mundo con referencias a personajes y sucesos auténticos. Así, fray Bernardo de Subasio es en realidad Francisco de Asís; Clara de Foligno, Clara de Asís; fray Dalmau de Llucmajor, Ramón Llull, precursor del diálogo interreligioso; y Leodegario IV, Juan XXII.

La historicidad de otros personajes es más compleja. La madre Angélica de Portofino es un homenaje a mujeres como Clara de Asís, Ángela de Foligno, Catalina de Siena o Brígida de Suecia, que tuvieron la valentía de hacer oír su voz en un mundo de hombres.

En este contexto, también podemos interpretar la presencia de la hermana Hildegarda, que, por supuesto, se inspira en Hildegard von Bingen, otra mujer extraordinaria de la Edad Media. La hermana Ingrid es fruto de mi imaginación, aunque no tengo la menor duda de que en los conventos y monasterios medievales no faltaban mujeres como ella.

En los primeros borradores del libro, el protagonista era fray Arnaldo de Róterdam, en honor al célebre humanista. Luego lo quise acercar al contexto hispánico y di con Francisco Sánchez de las Brozas, conocido como El Brocense. Estudió las elipsis (la trama argumental del libro está hilada utilizando esta figura retórica) y, en su búsqueda de esquemas que trascienden las lenguas concretas, se anticipó a las teorías de la gramática generativa de Noam Chomsky.

El municipio de Brozas se halla a quince kilómetros de Alcántara. De ahí surgió la idea de crear a fray Diego. Además, el término Alcántara da pie a diversos juegos interpretativos: es de origen árabe y significa «puente». Los puentes no dejan de ser palíndromos de la ingeniería civil, una metáfora que nos invita al entendimiento entre culturas.

Fray Martín es el Adso de *Laberintia*. Nos recuerda a fray León, compañero de Francisco de Asís, y a Timoteo, colaborador de Pablo de Tarso. La familia de fray Martín es de Briviesca, un pueblo de la provincia de Burgos. No en vano el malvado antagonista de *El nombre de la rosa* es Jorge de Burgos, un personaje inspirado en Jorge Luis Borges, el bibliotecario ciego de la biblioteca nacional de Buenos Aires y autor del cuento *La biblioteca de Babel*, sobre el cual seguiremos hablando. Curiosamente, fray Martín llegará a ser papa. Si combinamos «Argentina», «Jorge» y «papa», nos dará un resultado muy actual, que no estaba en mi mente cuando empecé a escribir la novela.

Como decía, fray Martín llega a ser elegido papa, como Blanquerna, el personaje de la novela de Ramón Llull. Jamás ha existido, hasta el momento, un pontífice llamado Adriano VII. En realidad existió Adriano VI, el antiguo preceptor de Carlos V, un papa humanista y reformista. Con extractos de uno de sus discursos confeccioné la parte final del prólogo. Aunque parezca un texto muy actual, cinco siglos nos separan de él.

Las reflexiones del epílogo, si bien son fieles al espíritu franciscano, no proceden de la Edad Media, lo reconozco. Pero tampoco corresponden al siglo XXI. En la parte final, se entremezclan frases de san José María Escrivá, de los papas canonizados Juan XXIII (¡qué diferencia respecto a Juan XXII!) y Juan Pablo II y de la declaración *Nostra Aetate* del Concilio Vaticano II. Por tanto, no es un texto atribuible al atrevimiento de ningún teólogo díscolo.

Por lo que respecta a los bandidos de la primera escena del relato, no es en absoluto casual su origen, Gubbio, ya que nos evocan la leyenda del lobo de dicha localidad, un fiero animal que atemorizaba a la comarca. Francisco de Asís lo amansó y se convirtió en su lazillo. Hay quien dice que el lobo de la leyenda era en realidad un peligroso forajido.

Todo sucede en Santa María degli Angeli, el nombre de un lugar emblemático: la cuna del franciscanismo. También fue crucial en la vida de la filósofa y activista Simone Weil, una pensadora del siglo XX que estudié en mi tesis doctoral. La imagen de esta lectora infatigable de los textos clásicos me acompañó mientras escribía sobre Angélica de Portofino.

Además, el rincón donde escribo se encuentra en un pueblo al sur de Cataluña: Horta de Sant Joan. La rocosa montaña de Santa Bárbara, a la que hago referencia en el libro, domina la panorámica. Es literalmente mi laberinto/montaña. El lugar donde busco inspiración. Y no solo me inspira a mí. Picasso creó allí el cubismo. Uno de sus primeros cuadros de este estilo está dedicado a esa pequeña cumbre. A sus pies, un antiguo convento franciscano a duras penas resiste el paso de los siglos: Nuestra Señora de los Ángeles. En italiano: Santa Maria degli Angeli.

Portofino es un paraje peculiar. Desde su castillo se controla una espléndida bahía. Por este enclave del Mediterráneo pasaron personalidades tan ilustres como Ricardo Corazón de León, Gregorio XI o Guy de Maupassant, así como Adriano VI y Friedrich Nietzsche, muy relacionados con este libro.

El tema de los laberintos dibujados en el pavimento de las iglesias medievales (Chartres, Reims, Amiens y Auxerre) es auténtico y su significado es el que aparece descrito en el libro. El laberinto de San Eugenio, donde se encuentra el cuadrado de letras del medallón de la abadesa, también existe, aunque con otro nombre: San Reparato. Fue construido en Argelia en el siglo IV. La referencia al libro *El pequeño laberinto*, del controvertido Hipólito de Roma, también es cierta.

A los palíndromos y al cuadrado Sator me referiré más adelante. El cuadrado numérico que suma 33 corresponde a la fachada de la Pasión de la Sagrada Familia de Barcelona, mi ciudad natal, y es obra del escultor Josep María Subirachs. Probablemente es una versión de otro cuadrado que suma 34,

que, a su vez, forma parte de un grabado de Durero titulado *Melancolía*.

¿Y la leyenda de *Laberintia*? Al principio pensé en diferentes títulos para el libro. Uno era *El pequeño laberinto*, pero, como había escrito una novela juvenil titulada *El chamán del Pequeño Valle*¹, ya había suficiente «pequeño» en mi bibliografía; otros posibles títulos fueron *El misterio del laberinto* o *La estirpe de Adán*. Una compañera, profesora de lenguas clásicas, me insistía en *Ad Labyrinthum*, para conservar la grafía de la lengua original. De ahí pasé a *Laberintia*.

Buscando en internet por si alguien se me había adelantado con este nombre, encontré un videojuego, *The Elder Scrolls V: Skyrim*, donde se menciona *Laberintia* y un mago, Shalidor. Podía obviar este dato o incorporarlo integrándolo en el libro. Era una oportunidad para aplicar una idea que luego explicaré y que constituye el núcleo de la obra.

Así, transformé a Shalidor en Atlon y el videojuego, en una tabla con un laberinto en relieve por donde circula una pequeña bola. Un rudimentario entretenimiento de niños. Introduce una referencia a la leyenda de Sigfrido (Sigurd) y otra a Autricum, la ciudad de los druidas, actualmente Chartres. Reelaboré las instrucciones de Shalidor y surgieron los Cinco Principios de Atlon. Todos estos elementos aportan un trasfondo mítico al texto.

¿Para qué tantas complicaciones? Para responder tengo que volver a recurrir a Umberto Eco. Según este autor, cuando uno ha teorizado sobre un tema, llega un momento en que necesita narrarlo. Él es especialista en semiótica y en *El nombre de la rosa* pone en práctica sus teorías sobre la comunicación de masas.

Yo he escrito mucho sobre la interioridad y la búsqueda espiritual. En *Laberintia* he intentado explicar a través de la

¹ J. OTÓN, *El chamán del Pequeño Valle*, Colección La Brújula, San Pablo, Madrid 2007.

narrativa lo que afirmo en otros libros escritos en forma de ensayo. Por eso elegí el tema de los laberintos y las alusiones a *El nombre de la rosa*.

Como decía antes, el tercer nivel de lectura es el de una novela de ideas. Estaré encantado si *Laberintia* entretiene a sus lectores haciéndoles pasar un rato agradable. También si enriquece su bagaje cultural con nociones de mitología clásica o información sobre los monasterios o la historia de los laberintos. Pero todavía estaré más satisfecho si el libro incita a pensar.

Como aperitivo, el texto está aderezado con un buen número de citas y de referencias a autores célebres. Veamos unas cuantas:

«Allí donde está el dolor está también lo que lo salva» (Hölderlin).

«La prisión fabrica delincuentes» (Foucault). En el libro la abadesa afirma: «A menudo son los propios inquisidores los que crean a los herejes».

«Nunca se realiza el mal de un modo tan perfecto como cuando se realiza con la conciencia tranquila» (Pascal).

«Nada, yo soy Adán» (Cabrera Infante).

«La banalidad del mal» (Hanna Arendt).

«Incluso en los libros que contienen mentiras, el lector sagaz puede captar un pálido resplandor de la sabiduría divina» (Umberto Eco).

«La ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma» (Rabelais).

«Son como cisternas sin nada que brote de su fondo. Todo les llegó de fuera, y se va tal como ha venido» (Johannes Tauler).

«Todo está por hacer y todo es posible» (Miquel Martí Pol).

La iluminación de fray Diego después del incendio no se basa en la experiencia de ningún místico cristiano, sino en la

descrita por Friedrich Nietzsche en el *Prólogo* de *Así habló Zarathustra*, que, a su vez, me sirvió para inspirarme cuando buscaba un título para mi libro sobre la experiencia mística de los grandes pensadores contemporáneos: *Vigías del abismo*².

¿Por qué los palíndromos, el cuadrado Sator y los laberintos? Porque permiten reflexionar sobre el caos y el orden, el sentido de la existencia y la exploración de la interioridad humana.

El propio libro es un laberinto, una especie de juego entre autor y lector. He intentado trazar un recorrido a través de diferentes hilos argumentales, pistas auténticas y falsas, provocando confusión, demorando el momento crucial, sorprendiendo y desconcertando al lector con giros bruscos e intervenciones inesperadas. Las discusiones y los diálogos ralentizan una acción que se acelera de repente para conducirnos hasta el centro de la trama. El texto termina tal como empezó: con la voz del anciano Adriano VII. Asimismo, Gio aparece al principio y al final de un relato que comienza camino al monasterio y concluye saliendo de él. En resumidas cuentas, un laberinto como el de Chartres.

Las aventuras de la trama argumental sirven de escenario para presentar temas de fondo como la verdad, el miedo, la intransigencia y la dignidad del ser humano. De ahí el énfasis sobre hechos tan dolorosos como la Inquisición, las Cruzadas o las guerras de religión. Ahora bien, hay que huir de los tópicos. Jubilar a Dios tampoco ha servido para poner fin a las guerras. En nombre de la nación, la libertad, el pueblo, la revolución o la seguridad (u otros más oscuros como el petróleo) se han legitimado las peores atrocidades. El problema no está en los nombres, sino en los hombres.

A pesar de ello, mi propósito ha sido reivindicar la esperanza y apostar por la condición humana, la estirpe de Adán.

² J. OTÓN, *Vigías del abismo. Experiencia mística y pensamiento contemporáneo*, Sal Terrae, Santander 2001.

La referencia a este personaje no es gratuita. Según el texto bíblico, tiene asignada la tarea de dar nombre a los seres de la creación (Génesis 2,20). Con la palabra, ordena el cosmos. Esto es, en definitiva, el humanismo: la importancia y la responsabilidad del ser humano en su relación con el universo.

Además, el libro plantea la cuestión de la búsqueda interior. El laberinto es, en cierto modo, una metáfora en la que se conjugan la exploración de la realidad y el descubrimiento de uno mismo. El proceso de crecimiento personal se asemeja a una ruta laberíntica que recorre la propia interioridad, en particular durante la crisis de la adolescencia (como en el caso de Luca) y en la crisis de mitad de la vida (como le ocurre a fray Diego). Por este motivo, *Laberintia* es un libro muy adecuado para público joven, aunque no sea propiamente una novela juvenil. Pensando en esta edad, su lectura puede ser útil para complementar contenidos de Lengua, Historia, Latín, Cultura Clásica, Dibujo, Religión y Ética.

La idea de crisis/cambio está presente en las referencias a la dualidad otoño/primavera. La acción empieza a finales de noviembre. El marco histórico es el otoño de la Edad Media, según la célebre expresión del historiador Johan Huizinga. Los estertores de lo caduco contrastan con el vigor de lo nuevo. Por eso se anuncia en repetidas ocasiones la primavera, la confianza en la razón humana, el optimismo, el Renacimiento, el humanismo...

Pero el tema por excelencia es el orden del universo, que conlleva preguntarse por el sentido de la existencia. En su relato *La biblioteca de Babel*, Borges describe el universo como una biblioteca laberíntica e infinita en la que cada libro, constituido por las variaciones aleatorias de los veinticinco símbolos ortográficos, representa una vida humana. El monótono orden que configura la disposición del laberinto de galerías contrasta con el desorden del laberinto de letras de cada libro en particular. El anhelo de orden espera encontrar respuesta en un libro total que dé sentido a la existencia.

«El universo (que otros llaman biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercados por barandas bajísimas. [...] Como todos los hombres de la Biblioteca, he viajado en mi juventud; he peregrinado en busca de un libro, acaso el catálogo de los catálogos. [...] No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total; ruego a los dioses ignorados que un hombre –uno solo, aunque sea, hace miles de años!– lo haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que en un instante, en un ser, Tu enorme Biblioteca se justifique»³.

La gramática (recordemos al Brocense) y las matemáticas nos ofrecen ejemplos de este orden secreto que debemos buscar. Los palíndromos, el cuadrado Sator o los cuadrados numéricos nos invitan a descubrir un orden escondido que nos permitirá desvelar su significado. Pero también nos ponen sobre aviso de un sutil peligro. Ofrecen un significado fijo asociado a un orden definitivo, rígido, estático e inalterable. Leídos en cualquier sentido, el resultado es idéntico. Como muchos discursos ideológicos: digan lo que digan, siempre dicen lo mismo.

Las teorías en las que todo cuadra suelen resultar muy atractivas. Tienen respuesta para todo. Nos hacen sentir seguros y nos amoldamos a la inercia de un orden artificial y encorsetado. En ocasiones, esta seguridad nos sirve de excusa para imponerla a los otros. Convencidos de la validez de un orden concreto, sentimos que todo vale para convencer a los demás. Ya hemos hablado de las perversas consecuencias que esta actitud puede acarrear.

³ J.-L. BORGES, «La biblioteca de Babel», en *Ficciones*, Alianza Editorial, Madrid 1999, 86-96.

Esta visión totalizadora también entraña el riesgo de la magia, un reduccionismo infantil que prescinde de la complejidad del mundo y cree ingenuamente poder controlar lo real manipulando sencillos resortes que ponen en marcha los engranajes de un universo ciego y mecanicista. Este espejismo de un orden mágico y perfecto afecta, aunque sea sin darnos cuenta, a distintas facetas de la vida que nada tienen que ver con la prestidigitación.

Pero hay otra manera de plantear el tema del orden de la existencia y el proceso de crecimiento interior. Tal vez no haya que buscarlo sino crearlo. Por eso el hallazgo de fray Diego resulta tan fundamental: el camino de salida del laberinto no está trazado previamente, hay que construirlo. Quizá nuestra responsabilidad sea contribuir a redactar el libro total de Borges.

La creatividad brota al alterar el orden de unos elementos preexistentes. Supongo que a eso se refieren muchos al utilizar el término «deconstrucción». Como hemos visto, al reordenar las letras del cuadrado Sator surgen nuevos sentidos. En la novela también se invierte el orden de frases hechas para generar significados distintos: los corderos ocultos bajo la piel de lobo, la víctima que ejecuta al verdugo, el bosque que no deja ver los árboles.

La destrucción de Santa María degli Angeli es en realidad una deconstrucción. Se edificará un nuevo monasterio para recuperar el saber de la Antigüedad y reinterpretarlo, construyendo de este modo nuevos significados. Un nuevo Vivarium, como el de Casiodoro. Por cierto, Raimon Panikkar recuperó este nombre para su fundación. Picasso también reinterpretó la realidad con el cubismo. Descompuso las imágenes e inventó un nuevo estilo pictórico.

Yo he intentado hacer algo parecido con *El nombre de la rosa* y con el videojuego de Shalidor. He aprovechado elementos existentes para elaborar nuevos significados. Es lo que sucede con la historia de Teseo, el laberinto, el hilo de Ariadna,

el Minotauro... Un mismo relato da pie a múltiples lecturas e interpretaciones.

Ahora bien, si todo dependiera de nuestro esfuerzo, nunca quedaríamos satisfechos con nuestra obra. Si todo estuviera sujeto a la lógica del cálculo, la vida resultaría insulsa. Necesitamos ser visitados por la sorpresa, dejarnos llevar por la inspiración. Para inventar algo nuevo hace falta la intervención de lo que escapa a nuestro control, la irrupción de lo inesperado, lo imprevisible, lo inexplicable, lo gratuito, lo que Simone Weil denomina «la gracia». Sin esta dimensión misteriosa, la existencia perdería su encanto.

Para terminar, debo confesar que no me he sentido Snoopy escribiendo *Laberintia*, pero tampoco Eco. Me he sentido yo mismo compartiendo lo que he visto y oído, lo que he leído y pensado, lo que he intuido y soñado. Y lo he hecho a través de ese laberinto de letras y de ideas que es una novela.

JOSEP OTÓN CATALÁN

Horta de Sant Joan

18 de marzo de 2015